



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2019 Año VI/Núm. 12

ÍNDICE

José Manuel Bernal Llorente El fervor de lo ético mata la doxología	243
M ^a . Amparo Olivares Pardo Percepción y sentido de la vida a través de <i>El mundo en el que vivo</i> de Helen Keller	261
Enrique Mena Salas Ir a Roma, ir al César. Interés político-religioso en el acceso de Pablo a Roma según Hch 27,1–28,16	275
Vicente Tur Palau Reflexiones en torno a la homilía como acto de comunicación	317
Alfonso López Benito El sínodo diocesano. Fundamento teólogo-eclesiológico y su tipificación canónica	355
Santiago Bohigues Fernández La asamblea conjunta. A los 50 años de la Comisión Episcopal del Clero	387
Alfonso Esponera Cerdán Algunos materiales sobre la educación familiar en la casa de los Ferrer Miquel	405
José Francisco Castelló Colomer Lección inaugural del Curso 2019-2020: El Derecho Canónico al servicio de la reforma de las estructuras eclesíásticas impulsada por el papa Francisco	419
Memoria Académica del Curso 2018-2019	441
Recensiones	467
Publicaciones recibidas	489

EL FERVOR DE LO ÉTICO MATA LA DOXOLOGÍA*

*José Manuel Bernal Llorente***

RESUMEN

En las reuniones de oración, y especialmente en la celebración eucarística, la actitud espiritual de nuestras comunidades se presenta habitualmente concentrada en sus propios problemas, intereses y preocupaciones; y poco abierta al canto jubiloso y a la alabanza exultante. Se detecta una fijación en lo ético y un deterioro de la doxología. El autor del artículo reivindica una recuperación de la doxología.

PALABRAS CLAVE

Gloria, Alabanza, Bendición, Doxología, Gratuidad, Estética, Ética, Pragmatismo.

ABSTRACT

In prayer meetings, and especially in the Eucharistic celebration, the spiritual attitude of our communities is usually presented concentrated on their own problems, interests and concerns; and little open to joyous singing and exultant praise. It detects a fixation on the ethical and a deterioration of doxology. The author of the article claims a recovery of the doxology.

KEYWORDS

Glory, Praise, Blessing, Doxology, Gratuitousness, Aesthetics, Ethics, Pragmatism.

Es una situación que me viene preocupando desde hace tiempo. Mi experiencia en celebraciones comunitarias de grupos pequeños y en asambleas parroquiales me confirma este presentimiento; estamos perdiendo en nuestras celebraciones el sentido de la gratuidad, nos volcamos de forma insistente en nuestros problemas, en nuestras obligaciones, en nuestros compromisos; hay una tendencia obsesiva al reproche exigente, a la interpelación correctiva, al flagelo moralizante. Muchas plegarias, en vez de estar abiertas a la alabanza y a la doxología, se centran en un recuento pertinaz de lo que hacemos o dejamos de hacer, de lo que debíamos hacer y no hacemos, de nuestras responsabilidades y compromisos desatendidos. Vertemos obstinadamente la mirada sobre nosotros

* La palabra “doxología” será muy utilizada en este escrito. Por eso explico su significación etimológica. Proviene del griego *doxa* (gloria) y *logos* (palabra). Viene a significar “glorificación”. Aquí va dirigida a Dios y significa “glorificación de Dios”.

** Doctor en Teología. Logroño (España).

mismos y apenas nos sentimos sobrecogidos ante la grandeza insondable del Dios revelado en Jesús, ante su bondad desbordante, ante su sabiduría, su amor y su belleza. En esta latente confrontación gana la ética y pierde la doxología.

1. OBSESIONADOS POR EL COMPROMISO

Ya lo advertía Jürgen Moltmann en su librito *Sobre la libertad, la alegría y el juego* (Salamanca 1972). En nuestras sociedades modernas, preocupadas ante todo por la producción y el consumo, ancladas en la seriedad del cálculo y la especulación, atentas a las exigencias de la normativa y la ética, se está perdiendo el sentido de la fiesta, de la alegría espontánea, de la belleza deslumbrante y del juego liberador.

Este clima pragmático y calculador está influyendo de manera inexorable en el estilo y en el talante espiritual de nuestras celebraciones. Como apuntaba al principio, todo el conjunto de gestos y palabras en nuestra liturgia es un repaso de nuestras obligaciones; nos recuerdan reiteradamente lo que debemos hacer, los compromisos que debemos asumir, la coherencia que debe animar nuestro comportamiento, los fallos y deslealtades que ensombrecen nuestra conducta. Todo esto está bien, y yo no lo voy a denunciar. Lo que advierto es una falta de equilibrio, la tendencia monocorde a repetir obstinadamente la misma melodía y el lamentable olvido de otras dimensiones que han de animar nuestras celebraciones.

Uno tiene la impresión de que, con este estilo, pensamos que el éxito de nuestro comportamiento depende sólo de nosotros. La salvación y el éxito final están en nuestras manos, en nuestros recursos. Del binomio “fe con obras” sólo damos audiencia a las obras; las exigencias de la fe quedan aparcadas. La gracia de Dios, su ayuda gratuita, su donación generosa y total, su apuesta radical por el hombre, apenas cuenta. Lo importante es –creemos– lo que hacemos nosotros, nuestros méritos, nuestras acciones, nuestros compromisos.

No voy a caer en la tentación luterana de que la fe sin obras nos salva. Ni voy a negar, claro está, la importancia del obrar coherente; la necesidad de que nuestra fe se exprese y se verifique en nuestra vida, porque la fe sin obras, como recuerda el apóstol Santiago, resulta vacía de contenido, falsa, muerta (Sant 2,14.26). Dios espera nuestra respuesta

responsable y libre, nuestra cooperación activa. Como observa san Agustín, “Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. El intercambio entre Dios y el hombre implica un compromiso responsable y libre.

Pero lo que en mi escrito estoy señalando es la falta de equilibrio y de armonía, la tendencia unilateral, obsesiva, en una dirección monocorde, en la cual se prioriza lo ético comprometedor y se oscurece la alabanza doxológica.

2. SAL DE TI MISMO

Ese es el camino. Hay que entrar sin titubeos en la dinámica espiritual marcada por Abrahán: “Sal de tu tierra, sal de tu patria y de la casa de tu padre” (Gén 12,1). No podemos agazaparnos en nuestro pequeño mundo de intereses y preocupaciones domésticas. Hay que salir. Hay que exiliarse. Hay que mirar hacia afuera. No nos debemos quedar mirando nuestras pequeñas mezquindades y miserias.

Hay que levantar la vista. Debemos mirar hacia arriba. Hay que aparcar nuestras propias y personales preocupaciones, y dar cauce a la alabanza, a la doxología. Debemos mirar a Dios más que a nosotros mismos. Hay que superar la tendencia antropocentrista y abrirnos a una mirada teológica absorta en Dios. Hay que dejar que el resplandor deslumbrante de la claridad de Dios nos atrape y nos seduzca.

Para ello debemos volcarnos en la contemplación de su rostro; de ese rostro paterno y amoroso revelado en Jesús de Nazaret. La lectura asidua de los relatos de Jesús nos ha de familiarizar con su imagen, con sus palabras, con su vida. Toda ella es transparencia, sacramento de Dios. En él, contemplamos la gloria del Padre.

También debemos abrirnos a la contemplación del rostro de Dios en los hermanos, en los pobres, en los humildes. Ellos son para nosotros ikono visible y revelación de la bondad amable y misericordiosa de Dios. Ellos representan el rostro doliente del Crucificado, resucitado y glorificado por el Padre. Ellos, los pobres, son el ikono sacramental del Cristo de la Cruz. Fijar nuestra atención compasiva y solidaria en los pobres es contemplar el rostro doliente de Jesús, el Dios crucificado.

La contemplación nos trasporta a la alabanza. Ese Dios, contemplado y admirado con devoción y con piedad, es el Dios que suscita nuestro canto de alabanza, al que glorificamos y bendecimos, al que

cantamos. También al que damos gracias sin cesar por sus dones, por el inmenso derroche de gracia y de bendición que derrama sobre nosotros, sobre nuestras vidas.

3. GRATUIDAD FRENTE A PRAGMATISMO

Vivimos en una sociedad obsesionada por la producción y por el consumo, por el trabajo dominante y esclavizador, por la rentabilidad y el ansia insaciable de beneficios, por la eficacia y el uso abusivo de los medios de producción. La dignidad de las personas cuenta cada vez menos; la importancia de los valores cae inexorablemente en el descrédito; todo lo domina el ansia de poder y el hambre insaciable de riqueza. La persona es utilizada, manipulada, instrumentalizada. No es valorada por lo que es, por sus valores personales, por su dignidad; solo se la valora si sirve para algo. En esta situación la persona queda desprovista de relieve y convertida en pura mano de obra.

Frente a esta situación pragmatista, en la que domina lo útil y manipulable, en la que sólo se valora lo que sirve para algo, nosotros apostamos por un espacio existencial donde lo personal y la libertad están por encima de los programas y estrategias; donde la gratuidad se erige como un valor privilegiado por encima de las cavilaciones estratégicas.

La impronta de la gratuidad marca al hombre. En boca de Jürgen Moltmann, la convicción de lo gratuito

no ofrece ningún objetivo ético y ninguna finalidad ideal, sino que justifica la existencia creada por sí misma. [...] El que pone el sentido de su vida sólo en lo que tiene de aprovechable y útil terminará necesariamente en una crisis vital.¹

Abriendo algo más la perspectiva, en un horizonte más teológico, el teólogo alemán señala que lo que corresponde al hombre que vive en la gratuidad es

la admiración, la veneración y la alabanza, y juntamente la libertad que se manifiesta en el agradecimiento, el placer y la complacencia de lo bello. Le corresponde el amor de Dios, que no solo se exterioriza moralmente en el

¹ J. MOLTSMANN, *Sobre la libertad...*, 34-35.

amor al prójimo, sino también estéticamente en el juego festivo ante Dios mismo.²

Y termina:

Las categorías estéticas de la nueva libertad han cedido ante las categorías morales de la nueva ley y de la nueva obediencia.³

En el plano de lo cristiano nuestra experiencia repite los mismos antojos, los mismos comportamientos. Estamos convencidos de que si nos salvamos es porque somos buenos, porque hacemos buenas obras y hemos ido acumulando a lo largo de nuestra vida muchos méritos. Chus Villarroel describe así esa manera de pensar:

El peso de la salvación sigue recayendo en las obras buenas y meritorias. Estas serían las que verdaderamente nos salvan. En definitiva, o me salvo yo con mi comportamiento o me voy al infierno. [...] Con esta praxis, Dios pasa a ser un objeto temido, la obra de Jesucristo queda hibernada, la acción del Espíritu es sustituida por los proyectos humanos, la de la gracia por la fuerza de voluntad. [...] La vida se muere pero las estructuras permanecen, y la moral crece y se hace omnipresente y rectora.⁴

Si nos adentramos en el mundo de la liturgia detectamos actitudes semejantes. De entrada, muchos se preguntan: ¿y esta celebración para qué me sirve? Es la primera preocupación: que la liturgia sirva para algo; que la práctica litúrgica me sirva para estar más comprometido, para vivir más intensamente la fraternidad, para ser más solidario, para mejorar mi oración, para ser más piadoso. De este modo la liturgia no tiene valor o sentido en sí misma; debe servir para algo; la instrumentalizamos.

Como afirmó hace años el llorado Joan Llopis, la liturgia no sirve para nada.⁵ En efecto, la liturgia no debe ser manipulada, instrumentalizada para otros fines o estrategias. La liturgia tiene sentido, razón de ser en sí misma. De ahí su condición de gratuidad; algo que lleva en su misma entraña. Llopis lo comenta claramente:

Los ritos litúrgicos no son para el cristiano meros instrumentos pedagógicos para captar mejor el sentido de la revelación de Dios, ni medios útiles para apropiarse de su fuerza. Son, ante todo y sobre todo, explosiones

² *Ibid.*, 58.

³ *Ibid.*, 59.

⁴ Ch. VILLARROEL, *Reflexiones sobre nuestra gratuidad*, 2, formato digital: <https://gratuidad.com/11_Ensenanzas/11_04_Articulos/Reflexiones_sobre_nuestra_gratuidad.pdf>.

⁵ J. LLOPIS, *La inútil liturgia*.

líricas de su fe, manifestaciones lúdicas y gratuitas de su amor, gritos y cantos de admiración y esperanza.⁶

Continúa:

La liturgia obliga a perder el tiempo y a usar las cosas materiales sin ninguna finalidad utilitaria. [...] Pierde el tiempo y malgasta las cosas, pero sabe que esa pérdida y ese despilfarro son la garantía de su libertad señorial.⁷

Y termina:

En la medida en que los creyentes superan la tendencia natural a centrar la oración en peticiones interesadas y se entregan a la alabanza gratuita, en esta misma medida están contribuyendo a manifestar ante los hombres que el Dios de la fe es el Dios que llama constantemente a la libertad.⁸

Resumimos. Este escrito pretende ser un aldabonazo para advertir a los liturgos de que nuestra actitud en la liturgia no debe estar motivada por intereses ajenos, por preocupaciones que hipotequen las exigencias de gratuidad y libertad que debe animar lo esencial de la liturgia; nos debemos sentir libres de toda hipoteca, de todo interés pragmático utilitarista; más bien, nos debemos volcar en la alabanza y en el canto gozoso porque Dios es grande y nos ama, porque se nos ha revelado en Jesucristo y somos salvados en su Nombre.

4. LO ESTÉTICO FRENTE A LA ÉTICA

Al comenzar su libro Jürgen Moltmann describe así su pretensión “Hacer valer de nuevo la estética contra las pretensiones totalitarias de la ética”.⁹ Es un tema al que el teólogo alemán se referirá repetidas veces a lo largo del libro. Ya en las últimas páginas insiste:

Si, al hilo del uso bíblico del término “gloria”, replanteamos la cuestión sobre la *relación entre ética y estética*, debemos señalar que en la experiencia de Dios y en la vida de fe ambas resultan inseparables. El poder de Dios se siente, al mismo tiempo, como gloria y su belleza como soberanía. Su gloria no se puede reducir a su dominio ni su dominio a su gloria.

⁶ J. LLOPIS, *La inútil liturgia*, 64-65.

⁷ J. LLOPIS, *La inútil liturgia*, 66.

⁸ J. LLOPIS, *La inútil liturgia*, 67.

⁹ J. MOLTSMANN, *Sobre la libertad...*, 9.

[...] Lo bello es lo que contagia la alegría de Dios. Por eso se conjuntan admirablemente la nueva obediencia y la nueva canción [...]. Sin el libre juego de la fantasía y de la doxología la nueva obediencia degenera en legalismo.¹⁰

En un determinado momento Moltmann se pregunta si Dios es bello (p. 57). Una pregunta extraña, poco frecuente en la reflexión teológica, pero muy importante en el contexto de este artículo. Hay que tomar en consideración, sin embargo, el pensamiento del teólogo suizo Hans Urs von Balthasar (1905.1988) que ha prestado atención especial a este tema y le ha dedicado una reflexión amplia y profunda. Utilizando el concepto de “figura” (*Gestalt*) comenta que “la encarnación es la apariencia (*Erscheinende Gestalt*) en el origen de toda apariencia y, por lo tanto, el fundamento de una estética que se convierte en referente primero y único de toda estética”.¹¹

Balthasar utiliza la expresión germana *Gestalt* que la podemos traducir con nuestras palabras “forma” o “figura”. Pensamos que la expresión “figura” reproduce mejor el sentido que el autor quiere atribuir a esta palabra. Con ese término podemos expresar con más precisión lo visible de la realidad existencial de los acontecimientos de Cristo. Para Balthasar la representación histórica del acontecimiento de Cristo, en la figura adquiere el “perfil de una estética”. Hay que advertir que, si bien la noción de figura se multiplica y diversifica como figura espiritual, figura de vida, de la belleza, de lo verdadero, de lo bueno, etc., ella siempre remite a la figura arquetípica de Cristo. El teólogo de Lucerna relaciona el significado de figura (*Gestalt*) con los conceptos medievales de *forma/species* y de *lumen/splendor* en sus tres aspectos formales: *integritas, proportio y claritas*, que nos abren el camino hacia lo estético.

Gabriel Castillo resume así el pensamiento estético de H.U. von Balthasar:

Tales criterios son integrados en una doctrina primaria de la percepción, “fenomenológica”, según la cual la figura apareciente (*Erscheinende Gestalt*) sólo es bella porque la complacencia (*Wohlgefallen*) que sugiere en un mostrarse (*Sich-Zeigen*) y en un darse (*Sich-Schenken*), se funda en la profundidad de la “verdad” y en la “bondad” de la realidad que se abre a nosotros como algo infinita e inagotablemente precioso y fascinante. Lo bello es recuperado por Balthasar retomando la teoría de los trascen-

¹⁰ *Ibid.*, 63-64.

¹¹ H.U. VON BALTHASAR, *Gloria I: la percepción de la forma*, Encuentro, Madrid 1985.

dentales medievales, de modo que al *unum* (unidad), al *verum* (verdad) y al *bonum* (bondad) se agrega el *pulchrum* (belleza), alzado a un lugar de primacía.¹²

Las reflexiones que preceden nos abren el camino hacia una aproximación al tema que aquí nos preocupa, centrado en el ámbito de lo litúrgico. En el primer intento debemos desembarazarnos del despotismo de la moral, del legalismo, del imperio del deber. Para ello nos tenemos que liberar de la imagen de un Dios déspota y dominador, y abrimos al Dios del amor y la misericordia. Es interesante, en este sentido, el doble significado del término “gloria”. Prioritariamente se refiere a la majestad de Dios, a su luminosidad, a su belleza; pero también a su poder, a su dominio. La insistencia en esta vertiente del vocablo nos sitúa en una actitud de obediencia y sumisión ante la soberanía de Dios. Como acertadamente comenta Moltmann “esta manera de entender el dominio y la obediencia convierte el dominio divino en magnitud ética y es protagonizada únicamente en la seriedad de la existencia moral, ya por la obediencia, ya por la protesta”.¹³

La sensibilidad estética nos abre a la inagotable belleza del creador que proyecta su ser insondable en la belleza y la armonía del cosmos. No nos acercamos a él a través de o desde las criaturas; es él quien proyecta el enorme caudal de su verdad suprema y su bondad infinita en la hermosura del mundo creado. Es el mundo creado por Dios y que, desde su origen, gozó de la complacencia del Creador (Gén 1,10.12.18.21.25. 31). Es la contemplación absorta y agradecida del cosmos lo que provoca la sensación gratificante y gozosa que sólo la armonía y la belleza de las cosas es capaz de producir.

Nuestra apuesta en este escrito va en esa línea. Nos debemos abrir de par en par a la fascinación de las grandes gestas realizadas por Dios en la historia, sobre todo a su revelación suprema en la aparición de su Hijo por la encarnación. Debemos dejar que la contemplación gozosa de los misterios del Dios hecho hombre se convierta para nosotros en un acontecimiento sobrecogedor que nos atrape y embargue. Volquemos nuestra mirada en el Dios de la bondad suprema y de la belleza, y no nos detengamos en la visión del Dios dominador, que somete nuestras vidas a la tiranía del deber y de una moral implacable. Nuestra apuesta implica

¹² G. CASTILLO, “Sobre el proyecto de una estética teológica en Hans Urs von Baltasar”, *Teología y Vida* 50 (2009) 215-224, [216-217].

¹³ J. MOLTMANN, *Sobre la libertad...*, 58.

una liberación, un esfuerzo para despojarnos de las ataduras de una ética inflexible, y abrirnos a la contemplación gozosa del Padre celeste, Verdad inaccesible y Bondad suprema.¹⁴

Abrirnos a la contemplación del rostro de Dios es abrirnos, al mismo tiempo, a la contemplación solidaria y compasiva del rostro del hermano, del prójimo. Porque la belleza de Dios se proyecta en el universo, sobre todo en el hombre creado “a su imagen y semejanza” (Gén 1,26-27). Además, desde la encarnación, en lo humano de Jesús se refleja la belleza y el resplandor de Dios. Porque en la encarnación Dios se ha hecho hombre, ha asumido la condición humana; y en su humanidad están presentes los hombres de todos los tiempos. Por eso la belleza y el resplandor de la gloria de Dios han sellado su huella en la naturaleza del hombre asumido por Dios por la encarnación. En este sentido, contemplar la gloria de Dios es contemplar también la belleza y la bondad del hombre creado a su imagen; es quedar sobrecogidos ante el maravilloso intercambio nupcial de lo divino con lo humano en el misterio de la encarnación.

También en el Cristo doliente de la cruz se concentra la complacencia divina. El Cristo de la pasión es imagen y paradigma de todo el dolor humano. La pasión de todos los vencidos y humillados de la historia está presente en el Cristo sacrificado y roto. Hacia esa Cruz, símbolo al mismo tiempo del dolor y de la gloria de Cristo, va también dirigida nuestra mirada contemplativa y absorta; y en el rostro del Cristo humillado descubrimos a tantos hombres, hermanos nuestros, que están clamando justicia y exigen de nosotros un gesto de compasión y solidaridad.

Insisto en el tema de la Cruz. Es muy importante constatar que para la Iglesia de los primeros tiempos la imagen de la Cruz no fue tanto un instrumento de suplicio cuanto el símbolo del triunfo pascual de Cristo. Hablamos de la Cruz gloriosa. A este respecto la iconografía antigua refleja con claridad el significado que tuvo para las comunidades cristianas del primer milenio la figura del Cristo crucificado. Las esculturas

¹⁴ Me parece interesante hacer referencia aquí a la reflexión de Gerardo Cuadra sobre las relaciones entre la actividad artística y la experiencia mística. Vale la pena citar sus palabras: “lo que arrastra al místico a hacer partícipes a los demás de su experiencia es ese estado como de embriaguez, esa alegría profunda, ese gozo que invade el alma al sentirse llena de Dios”. Estas palabras reflejan la misma experiencia del orante que, ante la gozosa experiencia de Dios, siente la necesidad de prorrumper extasiado en la alabanza vibrante y en la doxología (G. CUADRA, *La experiencia artística y estética y su relación con la mística*, Logroño 2020, 113).

románicas nos ofrecen un Cristo en cruz vivo, con los ojos abiertos, no como un doliente abatido sino como un vencedor; por eso colocan sobre sus sienes, no una corona de espinas, sino una corona de rey, y le visten con un manto real. Es el Cristo glorioso, reconocido y glorificado por el Padre. El desarrollo posterior de la espiritualidad y de la liturgia nos ofrecerá el significativo cambio del *Crux fidelis, inter omnes arbor una nóbilis: Dulce lignum dulces clavos, dulce pondus sústinet* de la antigua liturgia del Viernes Santo al *Stabat Mater dolorosa iuxta crucem lacrimosa dum pendebat Filius* de la fiesta medieval de la Dolorosa. Se desdibuja el carácter glorioso y triunfador de la Cruz y se acentúan los sentimientos de tristeza y compasión. La contemplación de la Cruz pierde su impacto de claridad y de luz, y se acrecientan los sentimientos de compasión. La Cruz deja de provocar la alabanza jubilosa y alienta la compunción y el flagelo castigador.

Desde esta visión luminosa de la Cruz, cargada de asombro, surge nuestro grito de esperanza y nuestro canto de alabanza a la gloria del Padre. Él es un Dios compasivo y de esperanza, un Dios que ha apostado por el hombre y por su felicidad. Es el Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos y lo encumbró a la plenitud de su gloria. El llena de gozo el corazón de los pobres, los libra del abatimiento y los abre a la esperanza. Es el rostro del Padre bondadoso, que alienta la vida de los pobres, nos libera de la servidumbre de una moral implacable y alivia la severidad de imposiciones arbitrarias.

Quiero terminar con un guiño cariñoso a la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco. Es una invitación a vivir la alegría del evangelio; a sentir intensamente la alegría gozosa que brota de la contemplación y del contacto con Jesús; a sentirnos liberados de la tristeza, del aislamiento y del vacío interior. Con Jesús –dice– siempre nace y renace la alegría (n. 1). “Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien” (n. 2). El Papa señala cómo la alegría de la salvación impregna las páginas del Antiguo Testamento y son el anuncio profético de su presencia desbordante en los tiempos mesiánicos (n. 4). Se explaya al referirse a la creación: “La creación entera participa de esta alegría de la salvación: “¡Aclamad, cielos, y exulta, tierra! ¡Prorrumpid, montes, en cantos de alegría! Porque el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres se ha compadecido” [Is 49,13]” (n. 4). Me sorprenden sus palabras al hablar de la Cruz

de Cristo: “El Evangelio, donde deslumbra gloriosa la Cruz de Cristo, invita insistentemente a la alegría”. En la línea de lo expuesto más arriba, quiero subrayar de nuevo el carácter glorioso y deslumbrante de la Cruz del Señor Jesús, provocadora de pasmo y de alegría. El horizonte en que se desarrolla la Exhortación papal confirma la perspectiva en la que nos movemos en este escrito.

5. ALABANZA DE SU GLORIA

Llegamos así a uno de los puntos neurálgicos de este escrito. Mi propuesta se traduce en una invitación a dejar que la gloria de Dios nos inunde, que la claridad de su luz brille sobre nosotros, que nos atrape, que nos llene de estupor, que provoque en nosotros la necesidad de enaltecer su gloria, de ensalzarle, de glorificarle con cantos de alabanza. Esa es la aspiración y el intento de este escrito.

Ante este derroche de luz y de gracia que derrama sobre nosotros el resplandor de la gloria del Padre nuestra actitud inicial es la acogida y la confesión. La acogida, porque ante ese Dios resplandeciente nosotros nos disponemos con los brazos abiertos, con la mirada elevada hacia la altura de lo sublime y numinoso, utilizando la terminología de Rudolph Otto.¹⁵ No fijamos la mirada en nosotros mismos, en nuestras necesidades mezquinas; salimos de nosotros y nos dejamos embargar por el embrujo del misterio insondable, el *mysterium tremendum* del que habla R. Otto.¹⁶

La confesión exultante está en el origen de nuestra alabanza. Nuestra confesión es un reconocimiento gozoso de la grandeza de Dios; una evocación de lo que Dios es y de las obras maravillosas que él hace. Esa confesión es una *praedicatio*, un canto a la creación, un reconocimiento exaltado de la armonía y de la belleza del cosmos. Sobre todo, una evocación y un recuerdo de las acciones liberadoras de Dios en la historia de Israel, de su elección, de su alianza, de su presencia protectora. Esta confesión culmina en el reconocimiento agradecido de su manifestación plena a través de Jesús, su Hijo predilecto; de su vida, de sus palabras, de su entrega, de su triunfo sobre la muerte y su glorificación. Todos estos hechos constituyen la Historia de la Salvación en la que ha

¹⁵ R. OTTO, *Lo santo. Lo racional y lo irracional en la idea de Dios*, Alianza Editorial, Madrid 2005.

¹⁶ *Ibid.*, 21.

quedado plasmado el plan salvador de Dios sobre el hombre. Todo este conjunto de acontecimientos es el reflejo maravilloso de la gloria de Dios, de su benevolencia, de su amor por el hombre, de su desvelo por la creación. Este reconocimiento jubiloso y esta confesión abren nuestro corazón a la bendición (*eulogía*),¹⁷ a la alabanza desbordante y a la acción de gracias.

Hay más. También nosotros somos la alabanza de su gloria, en nuestra vida, en nuestra existencia cotidiana, en nuestras acciones y palabras. Nuestro existir es la alabanza viviente de la gloria del Padre. En este sentido, me resulta altamente significativo el testimonio de una santa de nuestro tiempo, la mística francesa Sor Isabel de la Trinidad (1880-1906), monja en el Carmelo de Dijon, canonizada en octubre de 2016 por el papa Francisco.¹⁸ Ella quedó fuertemente impactada por las palabras de Pablo (Ef 1,6.12), y su obsesión principal a lo largo de su vida fue ser y vivir “para alabanza de su gloria”. Lo expresa vigorosamente con estas palabras:

Voy a haceros una confidencia muy íntima: mi sueño es ser la alabanza de su gloria. En san Pablo es donde he leído esto y mi Esposo me ha dado a entender que tal era mi vocación desde el destierro, en espera de ir a cantar el *Sanctus* en la ciudad de los santos.¹⁹

En el mismo sentido:

Dejarse crucificar para ser alabanza de su gloria, y nada más. Primero lentamente; después, con rapidez, comienza ella a olvidarse por completo de sí. Ella prosigue, a través de todo, la alabanza incesante. Todo lo demás le parece vano.²⁰

Hay que salir de uno mismo. Hay que vaciarse, exiliarse. Sólo así, en la línea del testimonio de la carmelita de Dijon, alto exponente de la mística francesa, podemos adentrarnos en la órbita de la doxología y del arrobamiento místico.

Entramos así en los dominios de la mística, en consonancia con las intuiciones de Urs von Balthasar²¹ en torno a la estética. Comenta, a este

¹⁷ Conf. J.M. BERNAL, *Eulogía y Eucaristía. Policromía de sentimientos en el alma del orante*, CPL, Barcelona 2019.

¹⁸ Sobre la importancia de su vida y doctrina véase: M.M. PHILIPON, *La doctrina espiritual...*

¹⁹ Citado por M.M. PHILIPON, *La doctrina espiritual...*, 105.

²⁰ M.M. PHILIPON, *La doctrina espiritual...*, 106.

²¹ Véase sobre este asunto: C. AVENATTI DE PALUMBO, “La experiencia mística...”, 11-22.

propósito, la escritora argentina, que acabo de citar, glosando el pensamiento de U. von Balthasar:

Cuando, perdidos en el mar de nuestros razonamientos y proyectos, que no son sino las idolatrías del “dios imaginario”, impedimos la acción de la belleza, que consiste en herir el corazón y abrir los ojos interiores para poder ver, nos alejamos del centro sin origen del misterio de Dios que es amor sobreabundante.²²

Estas palabras son una invitación urgente a liberarnos de “nuestros razonamientos y proyectos”, para dejarnos atrapar por el poder de la belleza, que “hiere nuestro corazón”, y dirigir nuestros ojos al “centro sin origen”, a la visión del “misterio de Dios”, “el Dios vivo y viviente que ha manifestado su amor al mundo en la gloria kenótica de la Cruz y se convertirá en el centro de la estética teológica por acción de la experiencia mística”.²³

Concluyo este punto. La contemplación de la gloria de Dios va precedida de una confesión ardiente de su grandeza indecible y de su presencia en la historia; esta confesión termina convirtiéndose en alabanza desbordante, en vaciamiento de nosotros mismos, en visión deslumbrante del misterio y en poderoso intento de llegar a ser en nuestra vida la alabanza de su gloria.

6. HACIA UNA LITURGIA DE EMANCIPACIÓN, LÚDICA Y FESTIVA

Ahora sí. Ahora aterrizamos ya en el campo específico de lo litúrgico, de lo cultural. Vamos a prestar atención a nuestras celebraciones. Para ello debemos tomar en consideración todo lo comentado en las páginas anteriores y vamos a intentar que esas ideas se plasmen y tomen cuerpo en nuestro modo de celebrar.

Hemos de conseguir que nuestras celebraciones queden libres de cualquier hipoteca, de cualquier intento de manipulación, de instrumentalización. Me estoy refiriendo a la insustituible necesidad de garantizar el carácter de gratuidad que ha de quedar patente en nuestra liturgia. Pienso de un modo especial en la eucaristía.

²² C. AVENATTI DE PALUMBO, “La experiencia mística...”, 20.

²³ C. AVENATTI DE PALUMBO, “La experiencia mística...”, 21.

Rompemos su sentido de gratuidad cuando nos servimos de la celebración eucarística para otros fines ajenos a la cena del Señor. Cuando la eucaristía nos sirve de plataforma para gestionar determinadas iniciativas pastorales, o para dar cauce a determinados proyectos, o para promocionar colectas o campañas benéficas, o para ensayar programas catequéticos o de adoctrinamiento. En todas estas hipótesis la eucaristía es utilizada “para”; deja de tener sentido en sí misma; hay que buscarle un “para”, que sea útil, que pueda ser instrumentalizada (= servir de instrumento). Todas esas tareas son muy importantes, hasta urgentes; pero, para darles cauce y llevarlas a cabo, hay que buscarles el tiempo y el lugar adecuado. La misa no puede servir para todo.

Peor aun cuando la celebración eucarística es utilizada para servicios escasamente religiosos. Cuando, por intereses políticos, o deportivos, o comerciales, se organizan misas para solemnizar efemérides o eventos políticos recurrentes, o triunfos deportivos, o sustanciosas campañas comerciales. O cuando la misa sirve para festejar aniversarios de cofradías o grupos de amigos en honor de sus santos patronos: o, cuando por mor de la tradición, se festejan usos populares como los roscos en san Blas, o la fiesta valenciana del *mocadoret* en sant Donis, o el roscón de Reyes, o los huesos de santo (dulces) para Todos Santos, o las monas de Pascua, o los panetones italianos para Navidad. En todos los casos la fiesta religiosa o, más en concreto, la misa, se convierten en el exponente mayor de la fiesta, o su mejor solemnización, o en canalizador insustituible de las tradiciones y usos populares.

Esta apreciación hay que matizarla; no debe interpretarse en sus términos más gruesos. No es mi intención descalificar ni los usos, ni las tradiciones, ni las fiestas populares. Hay que defenderlas y mantenerlas; pero debemos darles el cauce adecuado, con medida, con sensibilidad exquisita, con respeto. Hay que salvar a toda costa la gratuidad de las celebraciones cristianas, hay que liberarlas de toda clase de servidumbre o hipoteca, de toda instrumentalización. La eucaristía nunca debe ser una institución de la que “echamos mano para”, o “que sirve para algo”, porque tiene razón de ser en sí misma, porque no necesita un “para”. Todo esto requiere un largo y paciente proceso de “emancipación” y de reajuste. Porque el peso de lo popular y de lo tradicional en nuestra sociedad es una sobrecarga social de dimensiones incalculables.

Como contrapartida debemos promover y enfatizar la importancia de lo doxológico en nuestra liturgia. Hay que propiciar un mayor énfasis

de lo lúdico y de lo festivo en la línea de la doxología. Mi primera aproximación a este asunto se refiere a la necesidad de dotar al conjunto de la celebración de un clima festivo y, al mismo tiempo, de intensa religiosidad interior; de abierta comunicación y de cercanía sin romper la sublimidad del misterio que se celebra; de unas formas de expresión transparentes y familiares ajustadas al obligado tono hierático y sacral propio de las celebraciones de culto. Nuestras plegarias y nuestros comentarios deberían liberarse de cualquier interés mezquino, salir de nuestro pequeño mundo de preocupaciones, y abrirse sin paliativos a la insondable grandeza de Dios, a su amor entrañable y su predilección por los pequeños y humildes.

Por otra parte, quizás debamos propiciar una liturgia más bella, más cuidadosa de las formas, más lúdica y festiva, sin caer en el exceso y lo estrafalario. Habría que apostar quizás por unos cantos de mayor calidad, mejor interpretados, con la participación de toda la asamblea; por un lenguaje más cuidado, más pulcro, sin perder transparencia, pero sin caer en lo chabacano y vulgar. El alto nivel artístico de nuestros edificios, de nuestra música sacra, de nuestras esculturas y nuestra pintura, son un exponente claro de la apuesta que siempre ha hecho la tradición cristiana por la nobleza de las formas y la riqueza artística en el ámbito del culto.

Pero quizás sea oportuno fijar nuestro interés en la gran plegaria de acción de gracias que constituye el eje central y neurálgico de la celebración eucarística. En esa plegaria se concentra todo lo que intento decir sobre la importancia primordial de la doxología y la alabanza. Es el paradigma indiscutible en el que se plasma la actitud doxológica y festiva de los liturgos.²⁴

Habría que prestar a esta plegaria todo el interés y toda la prestancia que merece. Habría que privilegiar de algún modo el momento de la gran plegaria y habría que respetar los textos de oración que la tradición litúrgica tiene reservados para este momento. Son textos venerables, que merecen todo nuestro respeto y estima; en ellos se recoge todo lo que la Iglesia cree y celebra en la eucaristía; en ellos se combina con exquisita sensibilidad la doctrina con la plegaria. Un esfuerzo de catequesis mistagógica sería imprescindible para facilitar a nuestros fieles una comprensión adecuada y un aprecio de toda la riqueza contenida en estas oraciones.

²⁴ Sobre este asunto puede consultarse mi obra: J.M. BERNAL LLORENTE, *Anáfora. Aproximación a la plegaria eucarística*, Evd, Estella 2015. Véase también: L. MALDONADO, *La plegaria eucarística. Estudio de teología bíblica y litúrgica sobre la misa*, BAC, Madrid 1967.

La vertiente doxológica de la celebración encuentra su expresión máxima en estos textos. La alabanza exultante y el canto enardecido al Dios Padre de Jesucristo penetra toda la plegaria. En ella se combinan, en sucesión dinámica creciente, la contemplación absorta de la belleza deslumbrante del Creador del universo, la evocación de su sabiduría infinita; el canto incesante de alabanza por su grandeza, por su bondad y por su entrañable misericordia; y la gozosa acción de gracias por los dones inmensos que reparte sin cesar como expresión de su generosidad. La palabra profética del orante se convierte en *praedicatio* al anunciar ante la asamblea la manifestación divina en Jesús de Nazaret, enviado por el Padre como ikono perfecto y total de su amor desbordante que en Jesús, su Hijo, se comunica generosamente a los hombres como signo de salvación. En este momento la plegaria se convierte en una cristología contemplativa y orante.

Llegamos así al momento álgido de la plegaria. Esta se transforma en relato de la Cena, celebrada por Jesús con sus discípulos, y en memorial de su victoria pascual sobre la muerte. La alabanza inicial acaba convirtiéndose en plegaria de intercesión, implorando la presencia del Espíritu sobre los dones del pan y del vino, confirmando así su consagración. Ese mismo Espíritu es derramado también sobre la asamblea de orantes para convertirlos en un solo cuerpo y en hostia viva ofrecida al Padre junto con la ofrenda sacrificial de Cristo. De esta forma en la anáfora se concentra la sorprendente riqueza de sentimientos, desde la alabanza de la gloria del Padre a las plegarias de intercesión, pasando por el relato y el memorial, y culminando con la gran doxología. La anáfora se perfila así como el exponente máximo de la actitud doxológica de la Iglesia orante, extasiada y conmovida por la gloria deslumbrante de Dios, Padre misericordioso.

* * * * *

Me temo que esta propuesta mía en defensa de la doxología sea interpretada como un brindis al sol. Es posible que mi apuesta se quede sólo en una corazonada, hermosa y estimulante, pero sin arraigo realista. Lo reconozco. La mentalidad de los responsables de la pastoral litúrgica en nuestro país no ofrece grandes garantías de que la recuperación de la mirada contemplativa y doxológica pueda tener éxito, al menos a corto plazo. Habrá que trabajar con paciencia, sin desanimarse, para que este intento, un tanto idealista, pueda hacerse realidad. Hace falta constancia,

equilibrio y una gran sensibilidad. Lo presento como una meta, como un gran objetivo, como un horizonte espiritual en el que puedan ir adentrándose progresivamente nuestros orantes, nuestras comunidades cristianas, reunidas en asamblea y convocadas para cantar la gloria del Dios insondable revelado en Cristo Jesús.

BIBLIOGRAFÍA

- AVENATTI DE PALUMBO, C., “La experiencia mística como corazón de la estética teológica de Hans Urs von Baltasar”, *Teoliteraria. Revista de Literaturas e Teologías* III/6 (2013).
- LLOPIS, J., *La inútil liturgia*, Fontanella, Barcelona 1972.
- MOLTMANN, J., *Sobre la libertad, la alegría y el juego*, Sígueme, Salamanca 1972.
- PHILIPON, M.M., *La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad*, DDB, Bilbao 1957.